

Revista de Literaturas Modernas
Número 36 (2006) 79-98

NOSOTROS Y LOS DE EXTRANJIS. LA IDENTIDAD COMO PROGRAMA

Homenaje a Esteban Echeverría
en el bicentenario de su nacimiento
(1805-2005)

Beatriz Curia
CONICET - UBA

Resumen

Con su obra y con su acción Esteban Echeverría marca un hito en el desarrollo y afianzamiento de la identidad político social y cultural argentina. Formula expresamente un programa de construcción identitaria y toda su obra se encuentra teñida por la voluntad de crear una literatura propia y original, en una lengua castellana enriquecida por el uso americano, con temas provenientes de la realidad del país y con la finalidad de contribuir, trascendiendo lo estético, al engrandecimiento de su patria. Subyace en cada página de Echeverría la necesidad de crear una sociedad democrática que continúe el pensamiento anticolonial de la Revolución de Mayo. Su "Apología del matambre" condensa ejemplarmente estas características.

Palabras clave: literatura argentina - identidad - siglo XIX - Esteban Echeverría

Abstract

Together with his work and with his action, Esteban Echeverría marks a hit in the development and strengthening of the socio-political and cultural personality of Argentina. He literally formulates a program of

identity's construction, and the whole of his work is affected by the will to create an own and original literature. He writes in Spanish, enriched by the American usage, and his topics come from the country's reality, and his aim is that of contributing. He transcends the aesthetic so as to magnify his nation. In any of Echeverría's page, underlies the necessity of creating a democratic society that follows the anti – colonial thought of Mayo Revolution. His "Apología del matambre" condenses in an exemplary way these characteristics.

Key Words: argentine literature - identity - Twentieth Century - Esteban Echeverría.

La Revolución Francesa, la Revolución Industrial, las nuevas clases medias emergentes en Europa y los movimientos revolucionarios en América moldearon la primera mitad del siglo XIX con rasgos definitivamente propios. Las circunstancias eran propicias para el surgimiento de nuevas identidades culturales y el afianzamiento de las ya existentes. Superada ya la etapa emancipatoria de la Revolución de Mayo, las campañas militares y la declaración de la Independencia, la Argentina postcolonial no alcanzaba a definir la identidad político social y cultural del nuevo país. Las guerras civiles y la lucha entre facciones imprimieron su sello a muchas décadas de anarquía.

En este escenario aparece Esteban Echeverría, pensador y poeta, para formular su programa de construcción identitaria:

Representantes, periodistas, ministros, cuidaban más de hacer alarde de una instrucción fácil de adquirir, de profesar opiniones ajenas y citar autores, que de aplicar al discernimiento de nuestras necesidades morales y políticas la luz de la propia reflexión; al progreso de nuestra cultura intelectual su labor propia; á la consolidación de un orden político permanente, los *elementos de nuestra existencia como pueblo ó nación distinta de las demas*. [...] [Nuestros

padres] hicieron lo que pudieron: nosotros haremos lo que nos toca¹.

Según precisa su amigo y biógrafo Juan María Gutiérrez -y esto es en extremo importante- la revolución literaria emprendida por Echeverría en *Los Consuelos* y en las *Rimas* fue el modo de atraer a sus jóvenes amigos hacia transformaciones más vastas: “Al aceptar los hombres nuevos la doctrina literaria del autor de estos libros, que era esencialmente emancipadora, se efectuó en ellos una especie de revelación de destinos desconocidos, pero seductores, á cuya conquista estuvieron dispuestos a lanzarse [...]”².

Echeverría trataba de romper todo vínculo con las tradiciones del Antiguo Régimen, particularmente en las costumbres y en la legislación, para lograr una verdadera “sociabilidad americana”. El paso de una a otra era el paso de la dependencia a la libertad, de los dogmas a la razón crítica, de la desigualdad de clases a los principios de igualdad democrática³. Política, ciencia, religión, arte, industria, “todo deberá encaminarse a la democracia, ofrecerle su apoyo y cooperar activamente a robustecerla y cimentarla”⁴.

La Joven Generación que en Buenos Aires, guiada por Echeverría, abrazó los ideales de Mayo y Democracia -entendiendo por esta última el “sentimiento de la libertad y la igualdad”- no se limitó a pensar en el *aquí* aldeano y minúsculo de una elite porteña. Las miras de Echeverría abarcaban todo el país, al cual quería transformar en una gran nación. Las filiales de la Joven Argentina, sus mensajeros, sus escritos, llegaron a los confines del territorio argentino y a los países cercanos. Probablemente -aunque las probabilidades no sean aplicables en el campo de lo que no ocurrió- si sus ideas políticas, superadoras del unitarismo y del federalismo, con un eje cohesivo en los municipios, hubiesen prosperado, no seguiríamos enfrentando el problema de *la cabeza de Goliat*, la pobreza estructural de muchas provincias y el gobierno todavía feudal que gran parte de ellas padecen.

El espíritu crítico de Echeverría advierte un mal en la sociedad argentina “que ha esterilizado los trabajos de la

inteligencia entre nosotros”⁵. A la falta de acuerdo y de unidad que denuncia reiteradamente -cada uno se ocupa en “labrar para sí su pequeño mundo ideal ó su glorificación”⁶, como sigue ocurriendo en nuestro siglo XXI-, se agrega lo que ahora denominaríamos un *colonialismo mental*, cuya inveterada vigencia nos hace devotos de cuanto “ismo” nace en lejanas tierras. Esto conduce a tomar como propias las ideas europeas “sin pensar que no nos pertenecen, y que el labor lógico y normal de la inteligencia en Europa, es muy diferente del nuestro, de organización y emancipación progresiva”⁷. Y agrega don Esteban: “Es necesario [...] empujar las generaciones que nacen por el sendero luminoso de Mayo: es indispensable, para que puedan marchar con paso firme y resuelto á la conquista de los grandes destinos de la revolución, enseñarles -de dónde vienen, dónde están, y hácia que punto deben encaminarse”⁸. La identidad se funda en la memoria.

Echeverría estaba muy lejos, como se advierte, de ser un “afrancesado” que deseaba aplicar al país pautas ajenas a su idiosincrasia: “Ser grande en política, no es estar á la altura de la civilización del mundo, sino á la altura de las necesidades de su país”⁹.

“Apología del matambre”

Toda la obra de Esteban Echeverría se encuentra teñida por su voluntad de crear una literatura propia y original, en una lengua castellana enriquecida por el uso americano, con temas provenientes de la realidad del país y con la finalidad de contribuir, trascendiendo lo estético, al engrandecimiento de su patria.

Publicada por primera vez en Buenos Aires por *El Recopilador de Buenos Aires*, el 7 de mayo de 1836, y reproducida el 30 del mismo mes en *El Republicano* de Montevideo¹⁰, la “Apología del matambre” es recogida por Gutiérrez en su edición de las obras de Echeverría (OC, V, 200-208), con el subtítulo “Cuadro de costumbres argentinas”.

Se inscribe dentro de la tradición de Larra, señala Knowlton, y tiene el propósito de enseñar a un extranjero las costumbres y las maneras del país del autor, con comentarios parecidos a un ensayo, anécdotas narrativas y recuerdos, con humor más que con un ataque apasionado, en un tono personal; el esbozo de costumbres intenta preservar lo que es pintoresco y característico pero que suele ser negado por la historia formal¹¹. Cabe señalar, sin embargo, la presencia de muchos elementos que trascienden el cuadro costumbrista.

Quizá sea ésta una de las páginas más peculiares de Esteban Echeverría. Y la afirmación no obedece a razones adjetivas sino a una sustantividad reveladora de su espíritu multifacético. Bien dice Alberto Palcos¹²:

[...] el cantor del *Desierto* fue también, como en otras direcciones del pensamiento y del arte argentinos, el *Precursor*. El mérito de Echeverría radica en la forma en que expone e ilustra sus ideas. [...] en pleno furor individualista, se adelantó a sus contemporáneos preconizando un arte social y la necesidad de impregnar la poesía en las ideas que dan fisonomía y color a una época. La finura de observación, la agudeza de juicio y el seguro sentido crítico de Echeverría resplandecen [...].

Como no podía ser de otro modo, la “Apología del matambre” es, literariamente hablando, una de las páginas más sustanciosas escritas por Echeverría. Quien imagina al autor de *Los Consuelos* o de las *Rimas* como un romántico melancólico, dramático y hasta trágico, se encuentra inesperadamente con un Echeverría irónico, que hace gala de una sostenida vena humorística y nunca condesciende con los golpes bajos que suelen caracterizar la comicidad profesional. En el matambre, manjar de neto origen argentino, condensa Echeverría varios rasgos de lo que podría llamarse *nuestra identidad*.

El título, con sus términos contradictorios, delata la clave irónica del texto. “Apología” remite a un registro de habla culta y

letrada, a la par que asigna al discurso una altura que parece inapropiada para referirse a la prosaica nutrición.

Propone de entrada dos ideas relevantes. La primera, la identidad lingüística. La segunda, el carácter distintivo de los tipos humanos característicos de su país:

Un extranjero que ignorando absolutamente el castellano oyese por primera vez pronunciar, con el énfasis que inspira el hambre, á un gaucho que va ayuno y de camino, la palabra *matambre*, diría para sí muy satisfecho de haber acertado: este será el nombre de alguna persona ilustre, ó cuando menos el de algun rico hacendado (p. 200).

La generación del 37 creyó imperioso lograr una independencia literaria y lingüística acorde con la independencia política nacida en Mayo de 1810 y proclamada en 1816. La empresa fue asumida de modo diverso por cada uno de sus integrantes. Así lo demuestran, para mencionar dos casos extremos, la incorporación de Juan Bautista Alberdi a la Real Academia Española y el rechazo del diploma de miembro de la misma entidad por parte de Juan María Gutiérrez¹³.

Echeverría supo apreciar la hermosa lengua que heredó América de España, “la lengua meridional mas sonora y variada en inflecciones silábicas”¹⁴, e indujo a aplicarla “al cultivo de todo linaje de conocimientos; á trabajarla y enriquecerla con su propio fondo, pero sin adulterar con postizas y exóticas formas su índole y esencia, ni despojarla de los atavíos que le son característicos”¹⁵.

En la primera edición de sus *Rimas*¹⁶ la siguiente aclaración trasunta un programa estético que abarca, desde la concepción de la obra hasta su recepción, el conjunto del hecho literario. Resulta claro el papel fundamental desempeñado por el léxico:

Se ha creido necesaria la explicacion de algunas voces provinciales, por si llega este libro á manos de algun extranjero poco familiarizado con nuestras cosas. Se omite la de otras, cuya inteligencia es obvia, que el autor ha

utilizado intencionalmente para colorir con mas propiedad sus cuadros, como, *caballo parejero*, por caballo de carrera; *beberaje* por borrachera; *bañado* por campo anegado; *parar la oreja* el caballo, por moverla erguida en señal de sobresalto [...].

Como el mismo Echeverría ha apuntado en su “Advertencia”, “De intento usa á menudo locuciones vulgares y nombra a las cosas por su nombre”¹⁷.

El cuidado con que usa y adapta la lengua castellana para no alterar su fondo se advierte en la “Apología del matambre” cuando subraya el término “*extrangis*”. Se trata de un vocablo no incorporado al Diccionario académico hasta 1889, en la locución familiar “de extranjis”. Echeverría lo subraya como si quisiera destacar el carácter poco ortodoxo de la palabra, su uso exclusivamente familiar, no adecuado a la lengua escrita española.

En cambio “matambre”, voz argentina, no se subraya, como si de este modo estuviera legitimando su inclusión. Me permito recordar que “matambre” se define hoy en el *Diccionario de la Lengua Española* como sigue: “De *matar* y *hambre*. // 1. m. *Argent.* Capa de carne y grasa que se saca de entre el cuero y el costillar de los animales vacunos. // 2. [m.] *Argent.* Fiambre hecho por lo común con esa capa de carne, rellena y adobada”. Parece una verdad de perogrullo. Sin embargo, “matambre” no aparece en el Diccionario académico con esta acepción hasta 1959. Con la grafía “matahambre” puede encontrárselo no antes de la edición de 1936 (p. 826, col. 1). Esto revela cuán alejado del universo lingüístico español peninsular se encontraba nuestro matambre.

La conciencia de la peculiaridad de los habitantes del país se manifiesta en la elección del *gaucho* como personaje intransferiblemente argentino, capaz -especialmente si está hambriento- de valorar en todas sus connotaciones el vocablo “matambre” con que se nombra el argentino y predilecto manjar. Sirva como indicio de la particularidad rioplatense del gaucho el hecho de que el diccionario de la Academia no haya registrado el vocablo “gaucho” -con el sentido de habitante de nuestros

campos- hasta su edición de 1852 (p. 346, col. 2). Estos excursos lingüísticos me parecen indispensables en la medida en que resulta fácil, pasadas casi dos centurias, perder la perspectiva.

Al *extranjero* contraponen un *nosotros* que abarca a todos los nativos de estas tierras, “acostumbrados desde niños á verlo andar de boca en boca, á chuparlo cuando de teta, á saborearlo cuando mas grandes, a desmenuzarlo y tragarlo cuando adultos”, que saben “quien es, cuales son sus nutritivas virtudes y el brillante papel que en nuestras mesas representa”. A través de estas frases da noción de la textura del matambre, implícita en el modo en que cada uno, según su edad, puede comerlo.

En la singular “Apología del matambre” advertimos, más que un mero *cuadro de costumbres argentinas* -subtítulo agregado por Juan María Gutiérrez-, un estilo que le permite a Echeverría sugerir mucho más de lo que dice. Se descubre la profundidad de sus intenciones gracias a la transparencia de su discurso.

Por empezar, el contrapunto entre *argentino* y *extranjero*, cuyas diferencias son sólo metáforas de distintos sistemas de valores¹⁸ establecidas desde la seguridad de un sistema axiológico compartido con el público, constituye la pista para descubrir que el texto está escrito en clave irónica. La nombradía del matambre es grande, sostiene el yo discursivo, pero “no tan ruidosa” como la de aquellos que “haciendo gemir la huma[n]idad, se estiende[n] con el estrépito de las armas, o se propaga[n] por medio de la prensa ó de las mil bocas de la opinion” (p. 201). Por el contrario, el teatro de sus proezas “son los estómagos anchos y fuertes [...] y cada diente sincero apologista de su blandura y generoso carácter”. El circunloquio no obsta para que en realidad lance por elevación sus púas contra todas las formas de opresión y, concretamente, si se tiene en cuenta el contexto, contra el rosismo y sus propagandistas. Tiene en la mira especialmente a Pedro de Angelis, voz periodística de Rosas.

Con ironía, declara ser incapaz de enfrentar más *arduas y graves tareas* y prefiere ser *el órgano de modestas apologías* a escribir la biografía de *varones ilustres*. Como tal, “transmitir si es posible á la mas remota posteridad, los histórico-verídicos

encomios que sin cesar hace cada quijada masticando, cada diente crugiendo, cada paladar saboreando, el jugoso é ilustrísimo matambre” (*id.*). Se advierte que el humor de Echeverría disfruta con el contraste de tonos, surgido de palabras distinguidas en contexto vulgar. La pretendida diferenciación de géneros prestigiosos y su “modesto” texto recuerda párrafos como el comienzo de “El Matadero”: “Apesar de que la mía es historia, no la empezaré [...] como acostumbraban hacerlo los antiguos historiadores españoles de América, que deben ser nuestros prototipos”¹⁹.

Personificando al *matambre*, proclama con zumbona arrogancia la superioridad del criollo manjar sobre los platos preferidos por los “de *extranjis*”:

Varon es él como el que mas; y si bien su fama no es de aquellas que al oro y al poder prodiga la rastrera adulacion, sino recatada y silenciosa *como la que al mérito y la virtud tributa á veces la justicia*²⁰; no por eso á mi entender debe dejarse arrinconada en la region epigástrica de las innumerables criaturas á quienes da gusto y robustece, puede decirse, con la *sangre de sus propias venas*. Además, porteño en todo, ante todo y por todo, quisiera ver conocidas y mentadas nuestras cosas allende los mares, y que no nos vengan los de *extrangis* echando en cara nuestro poco gusto en el arte culinario, y ensalzando á vista y paciencia nuestra los indigestos y empalagosos manjares que brinda sin cesar la gastronomia á su estragado apetito: y esta ráfaga también de espíritu nacional, me mueve á ocurrir á la comadrona intelectual, á la prensa, para que me ayude á parir si es posible sin el auxilio del *forceps*, este mas que discurso apologético.

Griten en buenhora cuanto quieran los taciturnos Ingleses, *roast-beef*, *plum pud[d]ding*; chillen los Italianos, *maccaroni*, y váyanse quedando tan delgados como una I ó la aguja de una torre gótica. Vocean los franceses *omelette soufflée*, *omelette au sucre*, omelette au diable; digan los españoles con sorna, *chorizos*, *olla podrida*, y mas podrida y rancia que su ilustracion secular. Griten en buena hora todos

juntos, que nosotros, apretándonos los flancos soltaremos zumbando el palabron, *matambre*, y taparemos de cabo á rabo su descomedida boca (p. 201).

Tras lo que ofrece una lectura recta, puede aprehenderse oblicuamente una valoración de la cultura nacional, un deseo de que trascienda las fronteras y sea reconocida, un repudio a la aplicación sin más en el país de lo que no ha surgido genuinamente de nuestra realidad. Subyace en toda la escritura de Echeverría la necesidad de crear una sociedad democrática que continúe el pensamiento anticolonial de la Revolución de Mayo. Incluso lo que socarronamente denomina su deseo de ser *el órgano de modestas apologías*, da lugar a un texto cuya lectura nos va revelando su designio de contribuir al nacimiento de una cultura nacional. De ahí que sea capaz de agregar al menú internacional el muy criollo *matambre*.

El estereotipo se sitúa con frecuencia en el campo del epíteto, de la adjetivación²¹, y evidentemente modela el comentario que Echeverría agrega con referencia a cada pueblo y su cocina típica, pero interesa más que nada advertir cómo, situando al argentino frente a un *otro*, en esa alteridad lo define. Los adjetivos aplicados a la comida española subrayan la voluntad de independizarse de todo colonialismo y su oposición al Antiguo Régimen, pero no indican un rechazo en bloque de lo español y menos de su literatura. De su admiración por muchas obras de la literatura ibérica y de la frecuentación que de esos textos hacía dan testimonio numerosos escritos del autor de *la Cautiva*. No resulta menos evidente en ellos su entusiasmo por la España revolucionaria.

El texto es ricamente coloquial, con matices orales bien señalados por Knowlton y por Verdevoye. “¿Qué diccionario, qué léxico -se pregunta este último- registraba entonces ese tipo de palabras? Ninguno. ¿No podríamos, pues, argüir que, al usarlas, Echeverría fue uno de los que introdujeron voces del vocabulario campesino (oral) en la literatura culta?”²².

“Sábese solo -añade Echeverría en la “Apología del matambre”- que la dureza del matambre de toro rechaza al mas

bien engastado y fornido diente, mientras que el de un joven novillo y sobre todo el de vaca, se deja mascar y comer por dientecitos de poca monta y aun por encías octogenarias” (p. 204). Esta afirmación conduce de modo directo a otra de las piezas menos conocidas de Echeverría -“Historia de un matambre de toro”²³-, publicada póstumamente por Gutiérrez y lamentablemente trunca, ya que solo se conserva una “Introducción”. Tiene este texto como fin explícito, escribe Echeverría con ironía: “dar rienda suelta á mi buen humor y divertir, historiando, mi oscuro retraining, ya que no puedo, abogando ó plagiando, adquirir ilustracion literaria” (p. 375). Seguramente se trataría -a juzgar por la introducción- de un matambre difícil de morder para las desdentadas encías de la prensa rosista.

Regresando a la “Apología del matambre”, el párrafo siguiente -“para que con razon palmeen los indigestos lectores, ingenuamente confieso que no es poco el aprieto en que me ha puesto la maldita humorada de hacer apologías de gente que no puede favorecerme con su patrocinio” (p. 207)-, clava con ironía sus dardos en quienes tienen una pluma venal, obsecuente con los que detentan el poder y (o) el dinero.

El relato se focaliza de pronto en una experiencia del yo discursivo, a quien supone llamaban “Pepito” cuando niño -no olvidemos la connotación agregada por el hecho de que el primer nombre de Echeverría era José. Se trata de una fresca y colorida evocación de infancia, en la que se deslizan pinceladas de las costumbres de antaño y críticas a la sociedad de su presente (“Hízose el tránsito á pie, porque entonces eran tan raros los coches como hoy el metálico”). Frases cortas y precisas y una sucesión de verbos de movimiento tornan ágil la narración. Rasgos de ingenua picardía y de ternura tiñen la evocación del chico goloso de matambre y de su dulce y entusiasta protectora. No es posible omitir la cita:

Era yo niño mimado, y una hermosa mañana de primavera, llevóme mi madre acompañada de varias amigas suyas, á un paseo de campo. Hízose el tránsito á pie,

porque entonces eran tan raros los coches como hoy el metálico; y yo, como era natural, corrí, salté, brinqué con otros que iban de mi edad, hasta mas no poder. Llegamos a la quinta: la mesa tendida para almorzar nos esperaba. A poco rato cubriéronla de manjares y en medio de todos ellos descollaba un hermosísimo matambre.

Repuntaron los muchachos que andaban desbandados y despacháronlos á almorzar a la pieza inmediata, mientras yo, en un rincón del comedor, haciéndome el zorrocloco²⁴, devoraba con los ojos aquel prodijioso parto vacuno. “Vete niño con los otros” me dijo mi madre, y yo agachando la cabeza sonreía y me acercaba: “vete, te digo” repitió, y una hermosa muger, un ángel, contestó: “no, no; déjelo usted almorzar aquí,” y al lado suyo me plantó de pié en una silla. Allí estaba yo en mis glorias: --el primero que destrizaron fue el matambre; dieron á cada cual su parte, y mi linda protectora con hechicera amabilidad me preguntó: “quieres, Pepito, gordo ó flaco?” “Yo quiero, contesté en voz alta: gordo, flaco y pegado”, y gordo, flaco y pegado repitió con gran ruido y risotadas toda la femenina concurrencia, y dióme un beso tan fuerte y cariñoso aquella preciosa criatura, que sus labios me hicieron un moreton en la mejilla y dejaron rastros indelebles en mi memoria. (pp. 105-106).

Un vocablo nos llama la atención por inusual en nuestra habla urbana: *repuntar*, que el diccionario académico define como “[...] 5. [intr.] rur. Argent. Reunir los animales que están dispersos en un campo” [...]. También aparece en el *Diccionario del habla de los argentinos* con ejemplos de autores diversos, entre ellos Güiraldes. Reúne dos rasgos destacables: uno, ser un vocablo argentino y otro estar vinculado con las tareas rurales. Indica la voluntad de Esteban Echeverría de recoger los rasgos locales en todos sus pormenores y de dar al texto un tono argentino. Enrique Pupo-Walker encuentra en “El Matadero” y “Apología del matambre” comentarios marginales y vocablos pintorescos que se alejan de la adjetivación altisonante frecuente en los cuadros de costumbres, aunque está presente la amalgama de oratoria, prosa periodística y confesión epistolar que en ellos se manifiesta²⁵.

El juego significativo que establece entre “matambre” (“matahambre”) y la tácita palabra “matahombre” (con connotaciones de otros vocablos ofrecidos por el repertorio de la lengua, como “matachín”²⁶, “matamoros”²⁷, “matasiete”²⁸) permite contrastes valorativos inesperados, de efecto irónico y hasta cómico:

Otro [extranjero] que presumiese saberlo [el castellano], pero no atinase con la exacta significación que unidos tienen los vocablos *mata* y *hambre*, al oírlos salir rotundos de un gizonte hambriento, creería sin duda que tan sonoro y expresivo nombre era de algún ladrón o asesino famoso.

Conjeturas

“[E]sta ráfaga también de espíritu nacional, me mueve a ocurrir a la comadrona intelectual, á la prensa, para que me ayude á parir si es posible sin el auxilio del *forceps*, este *mas* que discurso apologético” (p. 202)²⁹. Frases como ésta no pueden ser soslayadas: ¿Qué *más* hay tras el discurso echeverriano?

Una breve incursión en “El Matadero” permite enriquecer la aprehensión de matices insospechados en una primera lectura de la “Apología del matambre”. A cualquier conocedor de la obra de Echeverría le resulta hoy familiar esta asociación de “matambre” y “matahombres” desde que ha leído en “El Matadero”:

—Para el tuerto los h.....

—Sí, para el tuerto que es hombre de c..... para pelear con los unitarios. El matahambre á Matasiete, degollador de unitarios. Viva Matasiete!

—A Matasiete el matahambre! (p. 229).

Más adelante, en el mismo texto, cuando Matasiete desjarreta al toro, la muchedumbre le adjudica como premio el matambre. De inmediato, “Matasiete estendió, como orgulloso, por segunda vez el brazo y el cuchillo ensangrentado y se agachó á desollarle [al

toro] con otros compañeros” (p. 223). Episodio que brinda una idea del valor que se asignaba al matambre como manjar supremo y también establece una relación directa entre matambre y cuchillo. Cuando Matasiete coloca “el matambre bajo el pellón de su recado” y se prepara a partir, sobreviene el episodio del unitario -“furioso como un toro montaraz”-, a quien Matasiete derriba del caballo y pasa el filo de su daga por el cuello, mientras la multitud le pide que lo degüelle como al toro. Por otra parte, como es bien sabido, el matadero constituye una alegoría de la Federación.

A esta altura estamos en condiciones de conjeturar que la *inocente* y juguetona “Apología del matambre”, colorido cuadro de costumbres, está mucho más ligada a la realidad política de lo que parece.

Considérense los siguientes párrafos:

No es por cierto el matambre ni asesino ni ladron, léjos de eso, jamás que yo sepa, á nadie ha hecho el más mínimo daño: su nombradía es grande; pero *no tan ruidosa como la de aquellos que haciendo gemir la huma[n]idad, se estiende[n] con el estrépito de las armas, ó se propaga[n] por medio de la prensa o de las mil bocas de la opinion*³⁰ (p. 201).

Debe haberlos, y los hay, buenos y malos, grandes y chicos, flacos y gordos, duros y blandos; pero queda al arbitrio de cada cual escoger el que mejor pete [*sic*] a su paladar, estómago ó dentadura, dejando siempre á salvo el buen nombre de la especie matambruna, pues no es de recta ley que paguen justos por pecadores, ni que por una que otra indigestión que hayan causado los gordos, uno que otro sinsabor debido á los flacos, uno que otro aflojamiento de dientes ocasionado por los duros, se lance anatema sobre todos ellos³¹ (pp. 204-205).

El *matambre* encarnaría así a todo argentino convertido en víctima por el poder. Si son acertadas las conexiones que acabo de establecer entre la “Apología...” y “El Matadero”, interesa subrayar que la primera, como se ha dicho, fue dada a la prensa

en 1836, en tanto que “El Matadero” permaneció inédito hasta 1871, año de su publicación por Juan María Gutiérrez en *La Revista de Buenos Aires*. La alegoría de la Federación es en el segundo caso explícita. En la “Apología...”, en cambio, sólo una relación con “El Matadero” permite al lector sospechar un código oculto.

Tal vez no sería demasiado atrevido imaginar en el “Cuadro de costumbres argentinas” un núcleo germinal de ideas que se desarrollaría más tarde en “El Matadero”. Resulta imprescindible sin embargo dejar bien en claro que ambos textos difieren como el día de la noche. La “Apología...” se lee como una página maestra de ironía, humor *-buen humor-*, crítica social punzante y a la vez festiva, pintura de algunas peculiaridades argentinas ejecutada con el más fino de los pinceles y notable riqueza de matices. “El Matadero”, con ironía trocada en sarcasmo, demuestra la maestría del autor para manejar un espectro de tonalidades que abarca desde los registros más luminosos a los más oscuros. Con trazos firmes y sombríos, destila sangre, miseria y lodo en una pintura expresionista de la más sórdida realidad argentina. Destaco, por lo demás, que las constantes estilísticas de ambos textos los revelan sin lugar a dudas como hijos de la misma pluma.

A medida que el lector va recorriendo estas páginas descubre que, a pesar de su personalidad poliédrica, se trata siempre de nuestro Esteban Echeverría. El mismo que fue autor de textos fundacionales de nuestra cultura, como el “Dogma Socialista”, “La Cautiva”, “El Matadero”, aunque muchos otros no tan difundidos, como esta “Apología del matambre”, podrían reclamar para sí el calificativo y ampliamente justifican su carácter de precursor.

Con matambre, afirma, se nutrieron “los pechos varoniles” de quienes “escalaron los Andes, y allá en sus nevadas cumbres entre el ruido de los torrentes y el rugido de las tempestades, con hierro ensangrentado escribieron: *independencia, libertad*” (p. 203). Este párrafo resulta clave para confirmar que la “Apología del matambre” dista de ser una *modesta apología* y, por el contrario, responde a los objetivos estéticos y sociales del autor. Como apunta Paul Verdevoye, la “Apología...” “ilustra una de las

intenciones esenciales de Echeverría que aconsejaba la creación de una literatura inspirada en temas locales³². Pero también, cabe agregar, manifiesta la voluntad de enraizar su presente en la memoria.

Esteban Echeverría está lejos de proclamar un aislamiento suicida y menos un nacionalismo xenófobo. Dicho con sus propias palabras: “El mundo de nuestra vida intelectual será á la vez nacional y humanitario: tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones, y el otro en las entrañas de nuestra sociedad”³³. Y en la “Advertencia” a las *Rimas*: “El Desierto es nuestro, es nuestro mas pingüe patrimonio y debemos poner conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional”³⁴.

El mismo texto subraya que “La forma artística está como asida al pensamiento, nace con él, lo encarna y le da propia y característica expresión” (p. 147). En esa búsqueda de la expresión de nuestro ser cabe señalar que no se trata de un mero recuerdo de atributos físicos e históricos con total despojo de las características íntimas, subjetivas, de cada individuo. Se suele confundir el color local con la intelección, generalmente compleja, de una determinada realidad social y la mera fruición geográfica a menudo posterga la consideración de problemas más vitales y urgentes.

Mientras los conquistadores siempre ansiaban descubrir metales preciosos y de ahí que nuestro *río color de león* haya sido designado Río de la Plata, más allá de trabajos cruentos y de sacrificios inenarrables, desde el Jardín de las Hespérides al Vellochino de Oro, las riquezas fueron el motor de legendarios emprendimientos. Por esa misma causa los colonizadores convirtieron en *argentinas* las tierras que fructificarían luego de arduos esfuerzos.

En cambio, después de Mayo, la aguda visión de Echeverría condujo su pluma cuando escribió: “El Desierto es *nuestro*, es nuestro mas pingüe patrimonio”.

NOTAS

¹ "Discurso de introducción á una serie de lecturas pronunciadas en el salon literario en setiembre de 1837". En Estéban Echeverría. *Obras completas de D. [...]*, [Edición de Juan María Gutiérrez]. Buenos Aires, Carlos Casavalle, 1870-1874. V, pp. 309-336. Las cursivas me pertenecen. En adelante las remisiones a estas *Obras completas* se efectúan con la sigla OC, seguida de la indicación de volumen y página(s). (En todas las citas y entradas bibliográficas de este trabajo respeto la grafía de los originales).

² Juan María Gutiérrez. "Noticias biográficas sobre don Estéban Echeverría". OC, V, pp. I-CI, p. LVI.

³ "Dogma Socialista". OC, IV, pp. 1-204. VIII: "Independencia de las tradiciones retrogradadas que nos subordinan al antiguo régimen", pp. 158-164.

⁴ *Ibid.*, p.170.

⁵ "Manual de enseñanza moral. Para las escuelas primarias del Estado Oriental". OC, IV, pp. 327-411, p. 335. Texto escrito en octubre de 1844.

⁶ *Ibid.*, p. 336.

⁷ *Ibid.*, p. 335.

⁸ *Ibid.*, p. 336. Las cursivas son mías.

⁹ "Ojeada Retrospectiva". OC, IV, pp. 5-108, pp. 34-35.

¹⁰ Cf. P. Verdevoye. "Sarmiento costumbrista". En su *Literatura argentina e idiosincrasia*. Edición y prólogo de José Isaacson y Beatriz Curia. Buenos Aires, Corregidor, 2002, pp. 181-192, p. 181.

¹¹ Cf. Edgar C. Knowlton Jr. *Echeverría*. Bryn Mawr, Pennsylvania, Dorrance & Company, Inc., c. 1986, p. 87.

¹² Alberto Palcos. Nota introductoria a Esteban Echeverría. *Páginas literarias, Una estética romántica*. Prólogo de Arturo Capdevila y apéndice de Juan María Gutiérrez. Buenos Aires, Imprenta Mercatali, [s.f.], Colección Grandes Escritores Argentinos, pp. II-III.

¹³ Cf., entre la bibliografía que aborda focal o colateralmente el tema, Rafael Alberto Arrieta. *La literatura argentina y sus vínculos con España*. Buenos Aires, Librería y Editorial Uruguay, 1980; Félix Weinberg. *El Salón Literario de 1837; Con escritos de M. Sastre - J. B. Alberdi - J. M. Gutiérrez - E. Echeverría*, 2 e., Buenos Aires, Hachette, 1977.

¹⁴ "Estilo, lenguaje, ritmo, método expositivo". OC, V, pp. 115-121, p. 120.

¹⁵ *Ibid.*, p.118.

¹⁶ Estevan Echeverría. *Rimas de [...]*. Buenos-Aires, Imprenta Argentina, 1837, p. 206.

¹⁷ *Ibid.*, p. v. Me he ocupado *in extenso* de este punto en: Beatriz Curia. "Contribuciones de Esteban Echeverría a la lexicografía argentina. Homenaje en el sesquicentenario de su muerte (1851-2001)". En *Palabra y Persona*. Buenos Aires, n° 8: *El lenguaje de los argentinos*, 2001, pp. 122-133.

¹⁸ Cf. Philippe Hamon *L'Ironie littéraire; Essai sur les formes de l'écriture oblique*. Paris, Hachette, 1996, p. 115.

¹⁹ "El Matadero". OC, V, pp. 208-242, p. 208.

²⁰ Las cursivas me pertenecen.

²¹ Daniel-Henri Pageaux. "De la imaginería cultural al imaginario". En Pierre Brunel; Yves Chevrel. *Compendio de literatura comparada*. Trad. I. Vericat Núñez. México, Siglo XXI, 1994, pp. 101-131, p. 108.

²² Paul Verdevoye. "Oralidad e historia en la literatura: dos preocupaciones de Echeverría y Mitre". En *Palabra y Persona*. Buenos Aires, año I, n° 2, octubre de 1997, pp. 5-13, p. 7.

²³ OC, V, pp. 374-381.

²⁴ "1. m. fam. Hombre tardo en sus acciones y que parece bobo, pero que no se descuida en su utilidad y provecho" (*DRAE*). El vocablo no es para nada usual en nuestra literatura y no lo recoge el *DHA* (Academia Argentina de Letras. *Diccionario del habla de los argentinos*. Buenos Aires, Espasa, 2003).

²⁵ Enrique Pupo-Walker. "Originalidad y composición de un texto romántico: *El Matadero*, de Esteban Echeverría". En *El cuento hispanoamericano ante la crítica*. Dirección y prólogo de Enrique Pupo-Walker. Madrid, Castalia, 1973, pp. 37-49.

²⁶ "matachín². De matar. 1. m. El que mata las reses, jifero. // 2. [m.] fig. y fam. Hombre pendenciero, camorrista" (*DRAE*).

²⁷ "matamoros. 1. adj. Que se jacta de valiente, valentón" (*DRAE*).

²⁸ "matasiete. 1. fig. y fam. Fanfarrón, hombrepreciado de valiente" (*DRAE*).

²⁹ La cursiva es mía

³⁰ Las cursivas son mías.

³¹ Las cursivas son mías.

³² Cf. P. Verdevoje. "Sarmiento costumbrista". *Op. cit.* p. 181.

³³ *Dogma Socialista*. OC, IV, pp. 1-204, pp.194-195.

³⁴ "Advertencia". OC, V, pp. 143-149, p. 144.

BIBLIOGRAFÍA

Rafael Alberto Arrieta. *La literatura argentina y sus vínculos con España*. Buenos Aires, Librería y Editorial Uruguay, 1980.

Philippe Hamon. *L'Ironie littéraire; Essai sur les formes de l'écriture oblique*. Paris, Hachette, 1996.

Pere Ballart. *Eironeia. La figuración irónica en el discurso literario moderno*. Barcelona, Quaderns Crema, 1994.

Beatriz Curia. "Contribuciones de Esteban Echeverría a la lexicografía argentina. Homenaje en el sesquicentenario de su muerte (1851-2001)". En *Palabra y Persona*, n° 8, *El lenguaje de los argentinos*. Buenos Aires, Centro Argentino del P.E.N. Internacional, 2001, pp. 122-133.

Diccionario de la lengua española. Madrid, Real Academia Española, 1992. También versiones *online* de los demás diccionarios editados por la Academia, desde el siglo XVIII en adelante.

Diccionario del Habla de los Argentinos. Editado por la Academia Argentina de Letras. Buenos Aires, Espasa, 2003.

Estéban Echeverría. *Obras completas de D. [...] [Edición de Juan María Gutiérrez]*. Buenos Aires, Carlos Casavalle, 1870-1874. 5 v.

Estevan Echeverría. *Rimas de [...] [Edición de Juan María Gutiérrez]*. Buenos-Aires, Imprenta Argentina, 1837.

William M. Katra. *La generación de 1837. Los hombres que hicieron el país*. Trad. de María Teresa La Valle. Buenos Aires, Emecé, 2000.

Edgar C. Knowlton Jr. *Echeverría*. Bryn Mawr, Pennsylvania, Dorrance & Company, Inc., c. 1986.

Daniel-Henri Pageaux. "De la imaginería cultural al imaginario". En Pierre Brunel e Yves Chevrel (dir.). *Compendio de literatura comparada*. México, Siglo XXI, 1994, pp.101-130.

Alberto Palcos. Nota introductoria en: Esteban Echeverría. *Páginas literarias, Una estética romántica*. Prólogo de Arturo Capdevila y apéndice de Juan María Gutiérrez. Buenos Aires, Imprenta Mercatali, [s.f.], pp. II-III. (Colección Grandes Escritores Argentinos).

Enrique Pupo-Walker. "Originalidad y composición de un texto romántico: *El Matadero*, de Esteban Echeverría". En *El cuento hispanoamericano ante la crítica*. Dirección y prólogo de Enrique Pupo-Walker. Madrid, Castalia, 1973, pp. 37-49.

Paul Verdevoye. *Costumbres y costumbrismo en la prensa argentina desde 1801 hasta 1834*. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1994.

_____. *Literatura argentina e idiosincrasia*. Edición y prólogo de José Isaacson y Beatriz Curia. Buenos Aires, Corregidor, 2002.

_____. "Oralidad e historia en la literatura: dos preocupaciones de Echeverría y Mitre". En: *Palabra y Persona*. Buenos Aires, año I, nº 2, octubre de 1997, pp. 5-13.

Félix Weinberg. *El Salón Literario de 1837; Con escritos de M. Sastre - J. B. Alberdi - J. M. Gutiérrez - E. Echeverría*, 2 e., Buenos Aires, Hachette, 1977.